

Cuando La Habana era el Paraíso del PEATON

por Roberto Pérez de Acevedo

A tan usada frase de «Lo que va de ayer a hoy» puede aplicarse, cumplidamente, a las comparaciones entre las fotos que ilustran estas notas, que presentan puntos céntricos de La Habana de ayer y de hoy.

Se observará, en los mismos sitios, cómo el peaton era el verdadero dueño de la calle, de la avenida, del paseo y de la esquina... Cruzaba por aquí y por allá, sin ningún temor. El titulito «Arrollado por un chofer» era casi un caso insólito. Nos acordamos —¿por qué no descubrir los años y las canas? — que un choque entre dos coches era algo muy complicado. Vamos ha imaginar-

nos, el enredo entre el pobre caballejo, convulso por los golpes, y las astillas de los carruajes, las ruedas partidas, etc. En algunas ocasiones los caballos recibían tan fuertes lesiones — fracturas en las patas — que eran sacrificados en plena calle.

PARAISO DEL PEATON

Claro que existía un reglamento para los carruajes, pero no para el peatón. Los coches, por otro lado, legraban las calles con su timbre, colocado al pie del cochero, por presión. «Tin... tan... tin... tan...»

Parece increíble y lo es. Las fotos que brindamos del ayer habanero fueron tomadas en horas de trajín. Compárense los mismos sitios con La Habana moderna. Claro, hoy tenemos en toda la Isla 6,000,000,000 de habitantes, de los cuales 1,000,000,000 corresponden a la capital.

Por otro lado, comparativamente, La Habana es la ciudad del mundo que más número de vehículos a motor posee. Hay, lo que se llama *conge-tión*.

Antes, las congestiones eran esporádicas y sin más consecuencias: por las noches, a las salidas de los teatros. Ahora, señores, están a la orden del día, a pesar del llamado Código del Tránsi-

to que, como se sabe, no ha resuelto el problema.

SE ESTAN PONIENDO DE ACUERDO

Cundo La Habana comenzó a aumentar en población, se inició también la lucha entre el peatón y el vehículo. Llegó a plantearse la cuestión de que «quién tenía derecho al pase y a la calle». Ya el peaton no era dueño de ella, a no ser que se expusiera a quebrarse los huesos. Fue, sin embargo, asunto muy difícil que el peatón se ajustase a las imperativas realidades.

Buena prueba de lo anterior puede obtenerse en algunas esquinas concurridas, su-pongamos Galiano y San Rafael o Neptuno y Prado. Allí pueden verse los grupos de peatones, pacientemente, esperando la luz de vía libre. No hay, pues, calle para nadie: es la ley quien manda y a ella se están ajustando, en esto de los cruces, peatones y choferes.

«ME ECHO EL CABALLO ENCIMA»

Una frase que antaño era muy usada por los atropellados, era la de «me echó el caballo encima». Ahora se dice: «Iba con exceso de velocidad.»